

*HISTORIA.—Algo sobre el modo de escribirla, por don Miguel L. Amunátegui.*

La historia digna de este nombre debe, segun algunos, conservar la mas irreprochable gravedad, o mas exactamente, el tono mas estirado.

Ha de asemejarse a aquella doña Juana de la Cueva, duquesa de Albuquerque, camarera mayor de la reina doña Maria de Neuburg, mujer de Carlos II de España, a que Victor Hugo ha dado un papel tan característico en su drama titulado *Rui Blas*, i que Marchetti ha reproducido mui felizmente en su ópera del mismo nombre.

La historia ha de tener, para las personas de que hablamos, toda la etiqueta ceremoniosa de una exhibicion oficial.

Ha de contar solo la vida pública de los personajes, pero nunca la vida doméstica o privada.

Su vista escudriñadora no puede fijarse sino en el grande escenario de la política, cuando el telon ha sido levantado.

Le está absolutamente prohibido dirigir una mirada respetuosa detras de los bastidores.

No debe referir los escándalos lícitos o ilícitos, las travesuras, las intrigas, los ardidés de los pretendientes, los enredos de la política, etc., etc.

Sobre todo, no debe hacer ni siquiera alusion a las aventuras galantes o amorosas.

Así, para proceder con lójica, esas personas deberian sostener que Tito Livio ha pecado contra el buen método histórico al referir con tamaño arte i con tamaño detenimiento la violacion de Lucrecia, la cual, segun él, trajo o precipitó la ruina de la monarquía romana; o al referir del mismo modo la pasion del decenviro Apio Claudio hácia Virginia, la cual, segun el mismo autor, produjo otro importante trastorno en la república romana.

Por igual razon esas personas deberian sostener que los historiadores de Inglaterra han de guardar silencio acerca de las liviandades de Carlos I i de Enrique VIII; que los de Francia no han de hablar de los desarreglos de Luis XIV i de Luis XV; que los españoles no han de insinuar que Felipe IV cortejaba a comediantas, i tuvo en una de ellas al segundo don Juan de Austria.

Conforme a este sistema, la historia ha de ser una narracion seca i fastidiosa, sin el menor soplo de vida, en que los individuos i

los pueblos se distinguan unos de otros solo por los nombres, como puede espermentarlo perfectamente (para no salir de nuestro pais) el que lea la *Historia fisica i politica de Chile* por don Claudio Gay.

El modelo o tipo de este jénero de composiciones es el *Compendio de historia universal* de Anquetil, una de las obras mas propias para provocar el sueño.

No necesitamos declarar que, en nuestro concepto, esta manera de escribir la historia es intolerable, porque ni instruye ni divierte.

Para nosotros, la historia ha de ser la resurreccion mas completa del pasado que se pueda lograr.

El buen éxito en una empresa de esta especie es por demas dificultoso, pero ha de hacerse todo lo que se pueda a fin de obtenerlo.

El protagonista en una de las obras del famoso autor ingles Thackeray se espresa como sigue:

«Leemos que, en la tragedia antigua, solo actores recitaban sus yambos a los acordes de la flauta, hablando por la boca de una máscara, montados en zancos i llevando un alto peinado. Se pensaba que la dignidad de la musa trájica exijia este aparato, i que no debia moverse sino con medida i compas. Así, la reina Medea mataba a sus hijos al son de una música lenta, i el rei Agamenon moria, manteniéndose el coro apartado en una actitud arreglada, i deplorando, conforme al ritmo i al decoro, el destino de esas testas coronadas. La musa de la historia se ha hecho tan seremoniosa como su hermana del teatro. Ella lleva tambien la máscara i el coturno, i habla tambien con mesura. Ella tambien, en nuestro tiempo, no se ocupa mas que en los negocios de los reyes, sujetándose a sus órdenes; obsequiosa e importante como un maestro de ceremonia, i como si no estuviese encargada de registrar los hechos i las acciones de la jente comun. Yo he visto en su decrepitud al viejo rei frances Luis XIV, ese tipo de la monarquía, el cual no marchaba sino a compas, que vivió i murió segun las leyes de su corte de mariscales, persistiendo en representar durante toda su vida el papel de héroe; i que, despojado de poesía, no era mas que un pequeño anciano arrugado, marcado por la viruela, i que tenia una enorme peluca i talones rojos para hacerle aparecer grande; héroe bueno para un libro, si lo quereis, para una estátua de bronce o para la pintura de un techo, un dios a la romana, pero nada mas que un hombre para madama de Mainte-

noe, para el barbero que le afeitaba, o para M. Fagon, su médico. ¿Acaso la historia no abandonará nunca su peluca, i se presentará siempre con rendimiento servil delante de la corte? ¿No veremos de la Francia i de la Inglaterra otra cosa que Versailles i Windsor? Yo he contemplado en este último castillo a la reina Ana, que llevaba su silla a un caballo, i que bajaba el declive del parque en pos de su jauría, mujer fogosa, de rostro colorado, que no se asemejaba en nada a la estatua que vuelve su espalda de piedra a San Pablo i mira los carruajes que suben a Ludgate-Hill. Ella no era ni mejor educada ni mas ilustrada de lo que sois vos i yo, aunque hincásemos una rodilla en tierra para presentarle una carta o una palangana. ¿Por qué la historia continuará doblando la rodilla hasta el fin de los tiempos? Yo soi de opinion de que ella debe levantarse i tomar una postura natural. Ella no debe reducirse a hacer, como un chambelan, reverencias i bajezas, ganando la puerta a reculones en presencia de los soberanos. En una palabra, yo querria la historia familiar mas bien que heróica; i pienso que Hogart i Fielding darán a nuestros hijos una idea mucho mas completa de las costumbres del tiempo presente en Inglaterra que la gaceta de la corte i las relaciones que de ellas vienen».

Por lo que a nosotros toca, pensamos que el desenvuelto por Thackeray es el modo como ha de escribirse la historia.

La tendencia manifiesta del siglo XIX es la experimentacion en todo i para todo.

Por esto los grandes historiadores que han florecido en él (i son muchos) han desplegado los mayores esfuerzos para evocar hasta donde ello es posible los hombres i las sociedades que nos han precedido.

Todo su empeño se ha encaminado a conseguir que la historia nos haga conocer lo que era en los tiempos precedentes el *documento humano*, como ahora se dice.

Ese importante objeto no se logrará jamas si la historia se reduce a una esposicion inanimada de nombres, de fechas i de sucesos poco característicos.

El único arbitrio de infundir vitalidad a las personas i a las sociedades ya estinguidas es el que que Thackeray señala.

Si el cronista o el historiador aspira a conseguirlo, habrá indispensablemente de esforzarse por reproducir con sus creencias i sus costumbres, con sus virtudes i sus vicios, con sus grandezas i sus flaquezas, con sus pasiones i sus peculiaridades, en una pa-

labra, con sus calidades i circunstancias distintivas, a los individuos de las jeneraciones que han desaparecido; i esto habrá de procurar hacerlo, no solo con los personajes mas o ménos encumbrados, sino tambien con los mas vulgares i los mas humildes, puesto que lo que se necesita conocer es la sociedad misma en todas sus manifestaciones.

Para proporcionarse los datos precisos, el cronista o el historiador tendrá que registrar i compulsar los *libros* i los *papeles viejos*, como el paleontólogo explora i escudriña las diversas capas jeológicas para descubrir los restos i las huellas de los seres que han vivido en las mas remotas edades antes de que el mundo hubiera llegado a su estado actual.

Supongamos que se trata de escribir la historia de la conquista de Chile.

Si el cronista o el historiador se limitase a esponer que este pais habia sido ocupado por Pedro de Valdivia a nombre del rei de España, no nos enseñaria lo suficiente.

Seria preciso que nos hiciera trabar conocimiento con ese conquistador, i que para ello nos hiciera saber lo que constituia la personalidad propia de este caudillo.

Si alguien se toma la molestia de registrar *papeles viejos*, descubrirá de seguro diversos hechos mui adecuados para trazar de Pedro de Valdivia un retrato histórico tomado del natural.

Vaya entre tanto un ejemplo de esos hechos.

A pesar de ser Pedro de Valdivia casado en España con doña Marina Ortiz de Gaete, trajo como su manceba a doña Ines de Suarez; pero eso no le impedia conducir en el arzon de la silla la imájen de la Virgen del Socorro, que se reverencia al presente en el altar mayor de la iglesia de San Francisco de Santiago, i cuyas manos, segun la tradicion popular, están hasta ahora cubiertas con el polvo con que cegaba a los indios cuando atacaban a los españoles.

Valdivia no solo perseveró en su adulterio con la Suarez, sino que cometió otro entrando en relaciones ilícitas con María de Eucio.

Esta conducta desarreglada no le estorbó levantar una capilla para colocar la imájen de la Virgen del Socorro.

Acusado Valdivia por varios capítulos ante el presidente del Perú don Pedro de la Gasca, éste le absolvió, pero a condicion de que hiciera venir de España a su mujer lejitima i observara en lo sucesivo una vida mas honesta.

Valdivia hizo que su compañero don Jerónimo de Alderete fuese a España para traer a doña Marina Ortiz de Gaete, la cual no llegó a Chile hasta después de la muerte del conquistador.

Junto con esto casó a doña Ines de Suarez con don Rodrigo de Quiroga, i a María de Encio con su mayordomo don Gonzalo de los Rios.

Los rasgos que preceden podrian servir perfectamente para pintar a lo vivo la mezcla de devocion i de licencia que caracterizaba a muchos de los españoles que vinieron a la América en el siglo XVI.

Vamos a demostrar con un segundo ejemplo la tesis que sostenemos.

No es suficiente decir que don Francisco de Meneses fué un gobernador atrabiliario i violento, que, como varios de sus antecesores i sucesores, tuvo contiendas espantosas con las autoridades eclesiásticas.

Seria necesario aprovechar, para componer una narracion conveniente, hechos como el que vamos a copiar de una *vieja crónica*, i que no puede ser mas instructivo sobre lo que era la sociedad colonial:

«Siguióse a este suceso el de la confesion sacramental de Meneses. Era voz pública habia muchos años que no la hacia, de que se hablaba con escándalo. En esta atencion el obispo mandó publicar fervorosamente aquellas censuras de que usa la Iglesia contra los que no cumplen con ella al tiempo que señala en sus mandamientos. No se sabe si el Meneses, por hallarse comprendido, formó escrúpulo, o le hizo de lo que el pueblo murmuraba de su divertida conciencia. Estimulado, finalmente, de estas agudas inflamaciones, se fué al Colejio de la Compañía de Jesus; entróse inopinadamente en la celda del padre provincial Juan Lopez, varon verdaderamente apostólico, i sin otras anticipadas palabras hincó la rodilla diciendo tenia dos palabras de conciliacion. El padre provincial, asombrado de aquella repentina novedad, levantó al Meneses i le apartó, advirtiéndole no podia confesarle, pues para hacerlo era preciso ajustar la conciencia i restituir tanta hacienda como se publicaba habia adquirido injustamente i diese satisfaccion a tantos agravios. De uno i otro le trajo a la memoria el prudente relijioso todo lo que pudo prevenir, segun las noticias con que se hallaba. Salióse el Meneses de la celda, diciendo: «Mucho caduca este santo viejo»; pero hizo otro dia juntar en el mismo colejio diferentes sujetos de ella i de las otras relijiones, vnoas

doctos i grandes, donde, en una larga i difusa oracion, sofisticadamente justificó sus acciones, asegurando que solo un maestro de navío le habia enviado un poco de chocolate tan malo que no le quiso recibir.

Allí se acordaron algunos de la junta de aquel Carvajal, tirano del Perú, que, estando para hacerle cuartos en el Cuzco, le persuadieron sus confesores descargase su conciencia i restituyese, a que respondió que solo tenia escrúpulo de cuatro maravedíes de rábano que debía a una verdulera de Sevilla. Así el Meneses se justificó; de manera que los religiosos dijeron: *Sanctus, sanctus*; i que si no tenia pecados se fuese a comulgar. Disolvióse la junta i el Meneses buscó confesor a su modo, que le absolvió i remitió la cédula de confesion al eclesiástico».

Se concibe que, con materiales sacados de *papeles viejos*, como los que hemos presentado por vía de muestra, quien sepa manejar la pluma puede efectuar la resurreccion de la época colonial i trasladarnos en espíritu a ella.

Nosotros no tenemos ni las *memorias* ni las *colecciones de cartas* que ponen a los escritores europeos, i especialmente a los franceses, cuya literatura es tan abundante de estas obras, en contacto íntimo con las sociedades de otros tiempos i les procuran los medios de dar a la historia el colorido correspondiente.

Así nos vemos forzados a reemplazar en cuanto es posible con *esos papeles viejos* las memorias i las colecciones de cartas que nos faltan casi por completo.

Esos *papeles viejos* son el único auxilio con que podemos comprender i pintar la sociedad de la conquista i de la colonia.